

» tual no data más que de la época de Sócrates y de Xenofanes». (SAISSET, *Christian. y Philosoph.*, Pág. 306.) Pero este insolente y sacrilego mentís dado á la historia del género humano, no podría oscurecer el hecho cierto y brillante de que, desde su origen, el mundo ha creído siempre y en todas partes, con una fe firme é inquebrantable, en la existencia de un Dios *único y espiritual*, increado, infinito, eterno, causa primera de todos los seres, y dueño absoluto del universo que ha creado de la nada con su omnipotencia, que gobierna con su providencia, y que reserva á los hombres, en otra vida, recompensas eternas ó castigos igualmente eternos, segun que, durante la vida presente, hayan observado ú hollado sus leyes eternas; y que la humanidad no ha desconocido, ni negado á su Autor en época alguna.

Verdad es que una gran parte de los hombres han caído en la idolatría; pero, en primer lugar, el politeísmo no es más que la alteracion de la verdadera fe en el Dios único. Principiando por creer en un solo Dios, se dejó llevar, posteriormente, á creer en muchos dioses. De modo que la verdadera fe en la unidad de Dios ha precedido siempre, en todas partes, á las falsas creencias en la pluralidad de los dioses, como la inocencia ha precedido siempre al crimen, la salud á la enfermedad, y la vida á la muerte.

En segundo lugar, segun lo han demostrado evidentemente Tertuliano en su *Apologético* y en su *Tratado del alma*; Eusebio, en su *Preparacion evangélica*; Huet, en su *Nueva demostracion evangélica*; y en nuestros días, el sabio cardenal Gousset, en su *Teología dogmática*, al honrar con un culto religioso á muchos dioses, la misma supersticion pagana no los *igualó jamás* al Dios supremo, llamado por ella PADRE DE LOS HOMBRES Y DE LOS DIOS: *Pater hominumque DEORUMQUE*. Los dioses del paganismo eran dioses *subalternos*, creados tambien, como todo lo demas, por el Dios soberano, y dependientes de Él, no eran otra cosa que esos *pequeños* espíritus, buenos ó malos, de los que, segun san

Pablo, el *Gran* Espíritu, Dios, se sirve, como de ministros, para realizar los designios de su justicia ó de su bondad en el gobierno del mundo: *Omnes sunt administratorii spiritus* (Heb., I, 14); no eran verdaderamente más que demonios ú hombres endiablados; pero no se les confundia con el Dios verdadero que ha hecho el cielo: *Dii gentium dæmonia; Dominus autem caelos fecit* (Psalm., 95, 5). La abominacion de la idolatría no pertenece, pues, á la creencia comun á todos los pueblos, de que existen buenos y malos espíritus, que obran como causas segundas, bajo el imperio del Dios, causa primera de todo, pues todo esto es verdad; pero la idolatría está, como lo ha observado san Pablo, en el horrible pensamiento de tributar á las imágenes del hombre corruptible, y aun de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles, la gloria y el culto que solamente son debidos al Dios incorruptible, de prostituir la verdad al servicio de la mentira, de adorar y servir á la criatura más bien que al Criador: *Et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum et quadrupedum et serpentum... qui commutaverunt veritatem Dei in mendacium, et servierunt creaturæ potius quam Creatori* (Rom., I). De manera que la idolatría es un crimen, y el más grande y el más abominable de todos los crímenes, más bien que un error.

Verdad es tambien que, entre los judíos, solamente el conocimiento de Dios se habia conservado puro, completo y perfecto: *Notus in Judæa Deus* (Psalm. 75, 2); pero no lo es ménos, lo repetimos, que este horrible crimen, de que tantos pueblos se han hecho culpables, y que ha estraviado léjos del verdadero Dios su corazon, no ha impelido, sin embargo, su espíritu al crimen, más abominable aun, de la negacion de Dios, y que si ha habido en el mundo insensatos cuyo nombre ha osado articular la blasfemia de que DIOS NO EXISTE, *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*, la humanidad nunca ha sido atea. Es un hecho indisputable que ella, siempre y en todas partes, ha poseído y conservado la fe en

la existencia de un Dios *único y espiritual* y en sus principales atributos. Es un hecho incontestable que, á pesar de las profundas alteraciones que ha sufrido, en diferentes lugares y en épocas diferentes, en su *aplicacion*, el corto símbolo, que acabamos de formular, se ha conservado siempre y en todas partes puro é intacto con respecto *á sus principios*, y ha formado y forma el fondo comun de las creencias religiosas del género humano, ó bien de lo que hay verdadero en todas las religiones. O lo que es lo mismo, es un hecho innegable que la universalidad de los hombres ha poseído y posee aun, siempre y en todas partes, de una manera pronta y fácil, con una certidumbre fija é inmutable, y sin mezcla de error, *omnes, de facili, fixa certitudine, et absque dubitatione et errore*, el primero, el más importante y el más absoluto de todos los conocimientos: el conocimiento de Dios.

Este hecho no es ni puede ser obra de las especulaciones, de las investigaciones de la razon particular, ni de la enseñanza de la filosofía.

En primer lugar, segun testimonios nada sospechosos, era doctrina comun á los antiguos filósofos: que así como en el orden político el género humano no existe más que para la felicidad de un reducido número de personajes poderosos, *Humanum paucis vivit genus* (SÉNECA); así tambien, en el orden intelectual, la sabiduría sólo es patrimonio de un número escaso de sabios, y que su especialidad consiste en ocultarse á los ojos de la multitud. *Est autem sapientia paucis consensa iudicibus, multitudinem consulto fugiens* (CICERON). ¿Cómo, pues, los antiguos filósofos habrían propagado el conocimiento de un Dios único, tal cual se halla esparcido en toda la humanidad; los antiguos filósofos, para quienes la universalidad de los hombres era *naturalmente* estraña á la luz de la verdad, igualmente que á la fortuna ó al bien de la libertad, y que, por una injusticia irritante, como les acusa san Pablo, tenían cautiva y oculta la verdad de Dios: *Qui veritatem Dei in injustitia detinent?* (Rom., I.)

En segundo lugar, estaba reconocido por los mismos filósofos que, por la via de las investigaciones y de las investigaciones de la razon particular, ni aun el reducido número de hombres á quienes la naturaleza hubiera otorgado el privilegio de conocer la verdad, podia conocerla, si no, como acaba de observar santo Tomás, despues de un trascurso de tiempo y de rudos y obstinados trabajos: *Non nisi paucis et ad longum tempus*. Pues conocidas son las lamentables querellas formadas por Teofrasto y repetidas por Ciceron en nombre de todos los antiguos sabios contra la naturaleza, porque concede una vida muy larga á las cornejas que no saben qué hacer de ella, y la rehusa á los hombres que podrian utilizarla para llegar al conocimiento de la verdad; de manera que apénas ha comenzado á ver de léjos sus resplandores, tiene que apagarse sin haber podido gozar algunos instantes de su belleza.

M. Saisset ha calumniado, sin duda, impudentemente á la historia del género humano, al afirmar, como acabamos de ver, que *el dogma de un Dios único y espiritual no data más que de la época de Sócrates y de Xenofanes*; pero habiendo principiado por negar que la Divinidad se haya revelado al hombre al crearlo, al ménos ha sido lógico en su inmensa é impía mentira; y al añadir *que toda grande obra requiere tiempo*, y que *la razon ha necesitado tres ó cuatro mil años para romper sus tinieblas nativas*, no hace más que reconocer en nombre de la filosofía moderna, la gran verdad que Ciceron habia reconocido en nombre de la filosofía antigua, y santo Tomás en nombre de la filosofía del Cristianismo, á saber: que elevarse al conocimiento *de un Dios único y espiritual*, solamente por los esfuerzos de la razon, es *una grande obra que exige un tiempo inmenso*. Pero al confesar que, entregada á sí misma, la razon humana habria necesitado de tres á cuatro mil años para *romper sus tinieblas nativas*, relativamente al Dios *único y espiritual*, ha reconocido que el conocimiento de Dios, que la historia de la humanidad nos muestra como una es-

trella fijada sobre su cuna y alumbrándola desde el principio, no es obra de la razón ni de la filosofía, que no ha llegado sino tres ó cuatro mil años después, y que como ha dicho el Doctor angélico hace seis siglos: «Si el mismo Dios no se hubiese revelado al hombre, todo el género humano hubiera seguido en LAS TINIEBLAS con respecto al conocimiento de esta sublime y preciosa verdad».

En tercer lugar, ¿quién ignora las divisiones, las contradicciones, las luchas, las guerras de los filósofos sobre las más simples y primeras verdades? En vano se buscarían no sólo dos sectas, sino dos individuos de la misma secta, que profesen, acerca de un punto cualquiera, la misma opinión. Lo que para uno es blanco, es negro para otro; lo que para éste es una verdad matemática, es para aquel una enorme extravagancia; lo que para uno es sabiduría, es demencia para los demás; y lo singular del caso es que cada individuo, en pleno desacuerdo con los restantes, lo está igualmente consigo mismo. Lo que parece verdadero en un tiempo, le parece falso en otro. Las opiniones de su vejez en nada se asemejan á las de su virilidad. Cambia de parecer de una estación á otra del mismo año, y aun de la mañana á la noche del mismo día, y á cada instante se ven hombres que hoy fulminan anatemas contra una opinión por la cual hubieran perdido ayer la cabeza. La historia de la filosofía es una verdadera *historia de las variaciones* de las sectas filosóficas y de los filósofos mismos; hé ahí por qué Ciceron comparaba los antiguos filósofos á una compañía de cómicos ó de charlatanes, ofreciendo durante el día al público, como obras maestras ó milagros de sabiduría, los sueños que cada uno de ellos ha tenido durante la noche: *Audite portenta et miracula, non disserentium philosophorum, sed somniantium* (*De Natur. Deor.*); y san Pablo, con más razón, llama á los filósofos del paganismo falsos sabios y verdaderos locos: *Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt*; pues, así como los habitantes de una casa de salud son locos, pero no hay dos entre ellos que lo esten

en el mismo grado, así también los filósofos de la antigüedad son todos locos, pero no hay dos de ellos que deliren de la misma manera.

Este espectáculo tranquiliza. Él es la vergüenza y el grande escándalo de la filosofía. «En presencia, decía también Ciceron, de la oscuridad profunda que rodea á toda la naturaleza, y de las disensiones tan marcadas, de las contradicciones tan palpables que dividen á los hombres más grandes sobre las cosas más pequeñas, y que sólo revelan la incertidumbre y la duda, me veo obligado á seguir la doctrina académica de que: EL HOMBRE NO PUEDE COMPRENDER NADA NI ESTAR CIERTO DE NADA: *In tanta obscuritate naturæ et dissensionibus tantis summorum vivorum, qui de rebus contrariis tantopere disputant, assentior huic sententiæ: NIHIL PERCIPI POSSE* (Acad. II).

En nuestros días, una inteligencia selecta, un alma bella, M. JOUFFROI, ha confesado también en los mismos términos: que en las vías de la filosofía y escuchando á los filósofos, no ha encontrado más que escepticismo, y la última palabra al morir, fué un anatema contra los filósofos y la filosofía. De manera, que caminando á la luz engañosa de la razón particular, así como el filósofo romano había concluido por perder la fe natural en las verdades aprendidas por la enseñanza social, así también el filósofo francés ha concluido por perder la fe sobrenatural en las verdades aprendidas por la enseñanza divina. Por consiguiente, nada exagera santo Tomás, al afirmar que las investigaciones puramente racionales, dando necesariamente lugar á la diversidad y á la contradicción de las opiniones sobre un mismo objeto, lejos de hacer ciertas las verdades dudosas, no pueden sino hacer dudosas las verdades más ciertas y mejor demostradas: *Apud multos in dubitatione manerent ea que sunt verissime demonstrata; præcipue cum videant a diversis diversa doceri*.

Ciceron ha dicho: «No hay absurdo, por grande y grosero que sea, que no haya tenido un filósofo por maestro: *Nilil est tam*

absurdum quod non dicatur ab aliquo philosophorum». Los diálogos de Luciano no son más que una horrible requisitoria contra los filósofos y contra la filosofía. Lucrecio nos enseña que la lengua de un filósofo de Grecia fué la primera que se atrevió á formular la blasfemia de que: «Dios no existe». San Pablo, por su parte, ha resumido en estas dos palabras los trabajos de los filósofos de la antigua Grecia y de la antigua Roma: «Buscaron la »sabiduría y no encontraron más que la locura: *Sapientiam querunt, et stulti facti sunt*». Este es, como se ve, el mismo pensamiento espresado de diferentes maneras, á saber: que todas las aberraciones, todos los delirios, todos los escándalos de la razón humana, han sido obra de la filosofía, y que el idealismo, el materialismo, el panteísmo, el ateísmo, todos, en una palabra, esos inmensos errores que han estraviado á los pueblos más grandes y destruido las más florecientes sociedades, no han salido de los templos ni de los libros de los sacerdotes, sino de las Academias y del cerebro de los filósofos. Ahora bien: no es posible poner en duda un hecho atestiguado hasta por filósofos paganos y por el doctor más grande del mundo cristiano. Hé ahí por lo que respecta á los tiempos antiguos.

En cuanto á la *cizaña* de sus errores que, según la predicción del Evangelio, ha podido germinar al lado del trigo de las doctrinas del Cristianismo, es cierto también que el HOMBRE ENEMIGO, *inimicus homo*, no la ha sembrado en el terreno de la Iglesia desde el principio mismo de la Iglesia, sino por el origen de los filósofos. Pues Tertuliano, san Ireneo, san Gerónimo, san Agustín, testigos oculares del hecho, y cuyos brillantes testimonios se leerán más adelante, todos están acordes en considerar á Platon como EL PATRIARCA DE LOS HEREJES, y la filosofía de los académicos como la SAL DE TODAS LAS HEREJÍAS y la FUENTE DE TODAS LAS IMPIEDADES.

En fin, según se demostrará en el curso de esta obra, especialmente en su última parte, en donde se tratará del MÉTODO,

todas las reformas introducidas en la filosofía en estos últimos tiempos, lejos de haber ayudado al espíritu humano á dar un sólo paso hácia adelante, sólo han servido para hacerle retroceder en la vía de la verdad; demostrando de la manera más clara la impotencia de la filosofía para conducir los hombres á la posesión de la verdad. Oigamos sobre este punto á un escritor no sospechoso, al profano abate GENOVESI, el más célebre de los filósofos italianos del siglo último, el panegirista más fanático y el apóstol más celoso de las supuestas reformas de la filosofía realizadas por Bacon y Descartes:

«La experiencia diaria, dice, nos enseña que desde el instante »en que la literatura principia á progresar, las cuestiones aumentan también. Toda la ventaja que ha obtenido de los *nuevos estudios* se reduce á ver la *oscuridad* y las *tinieblas* oscureciendo »esas *verdades* que tanto veneraban nuestros padres, si las habían recibido por la tradición, ó que miraban como ciertas, si las habían descubierto ellos mismos. Lo NUEVO que se ha querido »sustituir á lo antiguo, no vale CIERTAMENTE MÁS QUE LO QUE SE HA »DESTRUIDO. De manera que si seguimos marchando por la vía en »que hemos entrado, en *uno ó dos siglos*, *habrá desaparecido la ciencia humana entera*, y nuestros descendientes no sabrán otra »cosa, sino que ya no sabrían nada» (1).

Escepto esta profecía que, según su autor, no debía cumplirse en *uno ó dos siglos*, y que se ha cumplido treinta años después de haber sido hecha, jamás predicción alguna se realizó más exactamente. Porque después de un siglo *ha desaparecido ya la ciencia humana entera*, en el orden intelectual, moral y político; y

(1) «Experimento scimus, ex quo litteraria res cuncta est, quæstiones »etiam cunctas, et rebus, quas veteres aut, traditas, sancte venerabantur, »aut inventas, certo tenebant, tenebras obtrusas, nihil interim meliori ad- »vecto. Ita ut si, ut cœpimus, pergamus, intra unum aut alterum seculum »de *tota* hominum sapientia actum erit; nihilque sapient posteris, nisi se »nihil scire.» (*Ars logico-critica*, Lib. I, C. III, § 8.)

por lo que respecta á las verdades de este orden, *no sabemos otra cosa, sino que nada sabemos.*

Es indudable que el protestantismo, con el infame séquito de todos los errores y de todos los crímenes antiguos que ha traído á Europa, no tuvo otro padre que el filosofismo griego; pues sólo introduciendo en la teología la teoría de Platon sobre el *libre exámen* en filosofía, engendró á su vez todas las modernas herejías, y sólo reivindicando para la filosofía la teoría que Lutero habia adoptado para la teología, engendró Descartes el siglo de Voltaire, que aun dura, y su evangelio, que es la negacion completa de toda verdad, de toda virtud, de toda revelacion y de toda razon, de toda religion y de toda sociedad.

Voltaire no fué posible sino despues de Descartes, Descartes no lo fué sino despues de Lutero, y Lutero y Descartes no lo fueron sino despues de haberse resucitado á Platon y su filosofía. Esta filosofía fué el prefacio obligado del protestantismo, el protestantismo lo fué del cartesianismo, el cartesianismo lo fué del filosofismo volteriano del siglo XVIII, y este filosofismo volteriano lo ha sido del racionalismo de nuestro siglo. La ignorancia y la hipocresía, la terquedad y el fanatismo de la escuela cartesiana, por más que se irriten y se rebelen contra estas semejanzas históricas y digan que se les calumnia, no impedirán que los hombres juiciosos reconozcan esta triste filiacion de modernos errores; nunca harán creer que noventa y tres calumnias á Descartes, decretándole una estatua y un culto religioso; que todos los maestros de errores y los filósofos incrédulos de todos colores no son lógicos, al proclamar á Descartes, con un entusiasmo unánime, su maestro comun, su patriarca y su padre; y que, finalmente, los tristes sectarios de Saint-Simon han sido unos insensatos al pronunciar estas palabras llenas de juicio y de verdad, que reasumen por sí solas toda la historia de la filosofía moderna: «Gracias á Descartes, todos somos »protestantes en filosofía; así como gracias á Lutero, todos somos »filósofos en religion».

Por consiguiente, es más claro que la luz del dia, que no siendo la filosofía el medio natural dado al hombre para conocer y poseer la verdad, tampoco es el *conocimiento racional* de la verdad, y que toda definicion que le atribuya semejante mision y tal fin, es radicalmente falsa, absurda, necia y ridícula.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LO QUE ES VERDADERAMENTE LA FILOSOFÍA.—DE SUS PARTES Y DE SU FIN VERDADERO Y LEGÍTIMO.

§ 1.º Utilidad y definicion de la filosofía. — Se diferencia de la teología. — Objeto de la filosofía. — Divisiones de la filosofía. — Verdadero fin de la filosofía.

¿Será necesario condenar al ostracismo la filosofía, como una ciencia peligrosa ó, al ménos, vana y sin objeto? ¿Será necesario hacer un auto de fe con todos los libros de los filósofos y aun con ciertos filósofos? No, ciertamente, no; y aunque, todo bien considerado, el género humano no perderia gran cosa en semejante hecatombe, sin embargo, tal no es ni puede ser nuestro pensamiento, puesto que aquí mismo filosofamos nosotros. Es más, amamos la filosofía, pues ha sido el objeto de nuestros estudios por espacio de cuarenta años. Estamos, pues, muy léjos de negar la utilidad y aun la necesidad de esta disciplina; pero es preciso entenderse respecto de su verdadera naturaleza y de su verdadero y legítimo objeto. Por consiguiente, despues de haber demostrado lo que la filosofía no es, ni podria ser, vamos ahora á demostrar lo que es verdaderamente, lo que debe ser, so pena de no ser nada, ó de no ser más que un aprendizaje funesto, y por tanto, peor que nada, pues el mal es peor que la nada.